

HOMILÍA DOMINGO DE PASCUA

¡Aleluya, ha resucitado el Señor, tal como lo había anunciado, aleluya!

¡Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina al pueblo rescatado con su sangre,, aleluya!

Mañana de Resurrección, muy temprano, con las primeras luces, la tierra despierta con una noticia. Una sorpresa y desconcierto: el sepulcro está abierto, vacío: ¡no está! Han ido algunas mujeres, María de Magdala a la cabeza, al sepulcro. Les faltaba acabar de arreglar su cuerpo torturado: pero ¡no está! Hay desconcierto entre los distintos relatos o tradiciones sobre la resurrección de Jesús, el encuentro con El; de un modo desordenado, con el guirigay de diferentes formulaciones o expresiones, se nos está comunicando con un lenguaje testimonial, que estamos ante un *acontecimiento* sucedido, a los discípulos y a Jesús, al que experimentan vivo. En otros relatos se nos dirá que ha sido visto, que se ha aparecido a Pedro, a los discípulos. Que ha sido encontrado por algunos, no por todos. A lo que quieren conducirnos todos estos testimonios de primera hora es a un *acontecimiento de revelación*.

El evangelio de Juan, que hemos leído hoy, más elaborado, nos presenta las diferentes maneras de reaccionar ante lo visto en el sepulcro. María Magdalena cuenta a los discípulos que han robado el cuerpo de Jesús; de Pedro no se dice que cree al ver el sepulcro vacío; lo cual no revela nada. Pero de "el otro discípulo" se afirma que, viendo los lienzos y el sudario, creyó, sin necesitar nada más. Sólo de éste se dice que creyó, porque continúa, "hasta entonces no habían entendido las Escrituras, que había de resucitar de entre los muertos". Este comentario de Juan explica la falta de comprensión de Simón Pedro, porque como muestra Lucas en su pasaje de los de Emaús, la explicación de las Escrituras ayudó a los discípulos a aceptar la Resurrección. Con este relato, se pone de relieve, por contraste, la extraordinaria sensibilidad del discípulo amado que creyó después de la resurrección, dado que no tuvo ninguna necesidad de esta ayuda escrituraria. Lo que Juan pone de relieve es, pues, que es el amor el que ve, y cree donde otros no ven. Aquellas vendas y aquel sudario enrollado aparte no servían para envolver un cuerpo que no estaba muerto, sino vivo. No eran necesarios para Jesús, pues había resucitado a la vida eterna junto a Dios.

Este discípulo desconocido, que aparece en los últimos capítulos del EvJn, alguien de poca relevancia quizá, sin rango importante para la mayoría, era alguien que dejó huella y recuerdo imborrable, como maestro de la comunidad. Pues bien, él tiene algo importante que decirnos hoy, a nosotros cristianos del s. XXI. El evangelio dice de él que, sólo con unos lienzos colocados aparte, creyó. La fe es la que ve detrás de las señales al Resucitado. "*Dichosos los que crean sin haber visto*", concluirá la aparición de Jesús a la comunidad con Tomás presente. No hay pruebas históricas que valgan: el Resucitado se aparecerá a los que le han seguido y le han prestado su adhesión, aun en medio de las debilidades y dudas.

Ante nosotros, aquellos primeros discípulos y discípulas, van de nuevo a contarnos en esta nueva Pascua sus historias, cuanto les sucedió tras aquella primera mañana, del primer día de la semana. Nos relatarán sus cobardías y su gran alegría; su llanto desesperanzado, su decepción; la búsqueda en el sepulcro, y, también, sus encuentros por los huertos y caminos del Cristo vivo y glorioso. Estos son nuestros padres en la fe, de quienes hemos de aprender a buscar, a amar, a creer. En nuestro altar vacío, sin consagración, Jesús nos muestra las señales, también, de su victoria sobre esa muerte que embarga todos los ámbitos de nuestra sociedad en estos días. El ha roto su poder y dominio. Lo que se nos pide es que seamos esos testigos que anuncian su Vida.

En estos momentos, aun más si cabe. Nuestros hermanos, muchos, viven en la desolación por esta gran tribulación. Celebrar el Misterio Pascual, la contemplación de este Cristo resucitado del poder del mal y de la muerte, con la fuerza del Amor de Dios, nos urge a ser anunciadoras creíbles,

entusiastas, fascinadas de cuanto hemos visto. Cristo se hace presente en su Iglesia, aunque esté confinada. En esta mañana de Resurrección, vayamos con Pedro y Juan, con María Magdalena a anunciar que El no está en el sepulcro, que los sepulcros de todos nuestros hermanos están vacíos, porque Cristo con su poder los ha arrebatado junto al Poder de Dios, para vivir la vida que no muere nunca más. *¡Ha sido inmolada nuestra víctima pascual, y nuestra vida está con Cristo escondida en Dios!* Anunciémoslo a todos los que encontremos por nuestros caminos.

¡Muy feliz Pascua! Dichosos 50 días para escuchar, alabar y cantar las maravillas de Dios
¡ALELUYA!